

ALFAGUARA



Laura Restrepo

La Isla de la Pasión

---

Una muñeca abandonada entre las rocas desde hace docenas de años. Se le borraron las pestañas y el color de las mejillas y los animales mordisquearon su piel de porcelana. Ella observa, lela, con las cuencas vacías de sus ojos y todo lo registra en su cráneo carcomido por la sal.

Después de que todo pasó la muñeca sigue ahí, como testigo muerto, en medio de la ebullición de los miles y miles de cangrejos que cubren la arena, que se cubren los unos a los otros en nerviosas capas móviles, siempre en torno a ella, y asediando su cabeza calva y su tronco desmembrado, asomándose por los orificios que dejaron los brazos y desapareciendo por la entrepierna rota.

El cangrejerío se agita perplejo ante esa presencia remotamente humana. Porque ella, la muñeca, junto con otras basuras indefinibles, es el único vestigio del hombre que perdura en la isla de Clipperton.

Sobre esa misma playa donde hoy reina la muñeca rodeada por su histérica corte de cangrejos, hace tiempo los niños corretearon a los pájaros bobos, las mujeres se arremangaron las faldas para mojar los tobillos en el agua y los marineros desembarcaron cestos de naranjas y de limones.

Pero todo eso fue antes de la tragedia.

Después nadie quiso ni pudo volver a Clipperton, salvo algún negociante de guano y la media docena de marinos franceses que una vez al mes desembarcan para asistir, adormecidos por la indiferencia y por los

vahos soporíferos que emanan del suelo, a la rutinaria ceremonia de izar la bandera de su país. Porque Clipperton, que en sus buenas épocas fue territorio mexicano, pasó a ser propiedad de Francia, también eso, de alguna manera, como consecuencia de lo que ocurrió.

Incluidos los franceses, cuyos nombres no se conocen, son contadas las personas que a lo largo de la historia han pisado Clipperton, tan contadas que un estudio minucioso de documentos permitiría hacer, con algún margen de error, la lista de todas ellas. La mayoría sólo ha permanecido allí algunas horas, a lo sumo días, y pocas han aguantado años.

Quienes han estado allá dicen que Clipperton es un lugar malsano, arisco. Aseguran que por sus playas ruedan restos de naufragios y que en sus aires flota el tufo de azufre de una laguna volcánica de aguas envenenadas que no toleran vida animal, ni son potables, y que queman a los hombres que se sumergen en ellas. Esa laguna, que reposa en la cuenca de un viejo cráter hundido, se extiende en el centro del atolón y ocupa casi la totalidad de sus cinco kilómetros de extensión, dejando a su alrededor, como único espacio donde el hombre puede sentar pie, un angosto anillo de tierra con playas hirsutas de coral molido y trece palmeras que el viento quiere arrancar. Agua rodeada de agua, Clipperton es poco más que eso.

Una de las razones de la soledad de Clipperton es su lejanía, otra su tamaño y su condición insignificantes. Se sabe que es tan pequeña que se puede recorrer íntegra en una sola mañana, saliendo a buen paso a las siete y volviendo al punto de partida antes del mediodía.

Se sabe también que queda en el océano Pacífico a 10 grados, 13 minutos latitud norte y 105 grados, 26 minutos longitud oeste, y que el lugar más cercano a ella es el puerto mexicano de Acapulco, a una distancia de 511 millas náuticas, o sea 945 kilómetros. Quien imagine un

mapamundi puede ubicarla en el punto de cruce de un eje que bajara de Acapulco hacia el sur y otro que partiera de San José de Costa Rica hacia el oeste, y comprobar que está en la misma posición con respecto a la línea ecuatorial que Cartagena y Maracaibo. Eso es lo que se sabe, y sin embargo algunas cartas de navegación la relegan a la incertidumbre al marcarla con la sigla «D. E.»: *Doubtful Existence*, existencia dudosa.

Ni siquiera su nombre es su verdadero nombre. «Clipperton» es un alias, una maniobra de distracción. Una de tantas maneras que tiene la isla de desdoblarse y de encubrirse. El verdadero, con el que fue bautizada por primera vez, entre 1519 y 1521, cuando Fernando de Magallanes la divisó de lejos, fue el nombre de Isla de la Pasión, evocador pero esquizofrénico porque encierra en sí a los contrarios: pasión significa amor y dolor, entusiasmo febril y tormento, afecto y lujuria. Cualquiera, sólo con abrir un diccionario de sinónimos, comprueba la polivalencia de la palabra. Isla de la Pasión, le puso a ese atolón del Pacífico Fernando de Magallanes, viejo navegante que de tanto recorrer tierras desconocidas aprendió a comprenderlas con sólo mirarlas.

No sólo por irrelevante y apartada permanece despoblada Clipperton, sino también y sobre todo porque ella se empeña, rabiosa, en que así sea. Durante siglos ha trabajado para convertirse en una fortaleza inexpugnable, edificando alrededor de sí misma, pólipo por pólipo, una muralla viviente de arrecifes coralinos que acecha bajo las aguas para destrozar los barcos que se acercan. Este poderoso arrecife es la única construcción cuya existencia tolera, y para librarse de las demás, atrae huracanes que arrasan lo que construya el hombre. Además mantiene en sus costas tres rompientes que vuelcan las embarcaciones menores y ahogan al que intente cruzarlas a nado. A quienes, a pesar de todos los obstáculos, logran llegar, creen domesticarla y echan raíces, la isla,

traicionera, los aplasta al final con castigos como el escorbuto, el abandono y el olvido, y les cobra cada gota de felicidad con dos de angustia.

Azufre, pestes, arrecifes, rompientes, huracanes, todo eso es cierto, pero Clipperton no puede ser tan nefasta como parece, porque si lo fuera no tendría explicación este otro hecho, también cierto, históricamente irrefutable: hace tres cuartos de siglo un joven oficial del ejército mexicano, el capitán Ramón Arnaud, y su esposa, Alicia, desembarcaron recién casados, cargados de ilusiones y de enseres domésticos, con la firme decisión de poblarla con sus descendientes, y Clipperton, la iracunda, los recibió mansamente, les permitió habitarla sin apuros y vivir en ella tan felices como debieron estar Adán y Eva en el paraíso.

La adolescente Alicia encontró el lugar romántico y mágico, tal como lo había soñado, y se enamoró de sus atardeceres y de su paz. Ramón Arnaud, hasta entonces un oscuro personaje quien por su origen familiar hablaba mejor el francés que el español, llegó a sus costas buscando lavar culpas y borrar un pasado escaso en gloria, y justamente allí, en ese rincón equívoco del planeta, le fue dado protagonizar gestos de heroísmo al defender la soberanía mexicana contra enemigos reales e imaginarios, no menos terribles los segundos que los primeros.

Que el final de esta historia haya sido trágico no niega lo anterior, los cinco años de bondades que Ramón y Alicia vivieron en la Isla de la Pasión. Así que si ésta no es el infierno ni es el paraíso, si no es una pasión gozosa, ni tampoco una dolorosa, entonces no le queda sino una posibilidad, Clipperton no es nada. Existencia dudosa: punto mínimo, imperceptible, adonde no se puede llegar y de donde no se puede salir. Barrida por huracanes, erosionada por las mareas, borrada de los mapas, olvidada por los hombres, extraviada en el mar, antes mexicana y ahora expropiada y ajena, trastocado su nombre, muertos

hace tiempo los protagonistas de su drama. Quiere decir que no existe. Que no hay tal lugar. Ilusión a veces y otras veces pesadilla, la isla no es más que eso: sueño. Utopía.

¿O hay acaso quien pueda asegurar por experiencia lo contrario? ¿Sobrevivió alguien que recuerde, que pueda dar testimonio de que todo aquello fue real?

*Ciudad de México, diciembre de 1988.*

---

*Orizaba, México, hoy*

La Pensión Loyo está en Orizaba en la Calle Sur 11 número 124. Es en realidad una pensión para automóviles. Un estacionamiento grande, gris como todos, con una casa al lado. A la persona que allí vive no la conozco, pero la he buscado en Manzanillo, en Ciudad de México, en Puebla. Finalmente, después de golpear puertas equivocadas, de escarbar en las guías telefónicas de las tres ciudades, de consultar con funcionarios públicos, con almirantes, buzos, beatas de iglesia, lectores del tarot e historiadores, alguien en una esquina, casi por casualidad, me ha dado esa dirección. Si es correcta, habré encontrado por fin a uno de los tres sobrevivientes de la tragedia de Clipperton.

Es. Abre la puerta la señora Alicia Arnaud viuda de Loyo, la segunda de los cuatro hijos que tuvieron el capitán Arnaud y su esposa Alicia. Tiene 77 años y no quiere recordar. No venga a alborotarme los recuerdos, dice con dulzura. Pero ella conoce, puede dar testimonio. En algún rincón de su memoria está enroscada esta historia, que yo busco. Sabe en carne propia lo que pasó en ese lugar porque de niña, a principios de siglo, ella fue uno de los protagonistas.

De espaldas al estacionamiento y abierta a un patio se extiende en ele su casa fresca, de varios cuartos a pesar de que sólo vive con la empleada doméstica que desde hace años la ayuda. Las paredes están tapizadas con fotos de sus hijos —hablemos más bien del presente,

me dice, mientras me las muestra— y me va paseando por primeras comuniones, matrimonios, diplomas. Luego me hace sentar a la mesa de la cocina mientras ella reparte en varias jarras la leche que su hijo mayor, ganadero, le ha traído en una cantina de la hacienda. No me hable del pasado, dice. Déjeme olvidarlo, repite, hace tanto que no hablo de Clipperton. Yo nací en esa isla en 1911, y viví allí hasta los seis o siete años, para qué le voy a contar esas viejeras.

Mientras ella dice que no y que no, Clipperton empieza a volver y va invadiendo su cocina, suavemente, poco a poco. A medida que habla, doña Alicia se entusiasma. Se le entona la voz. Se olvida de la leche.

—Los míos son todos recuerdos buenos, recuerdos alegres, qué quiere que le diga. Lo de Clipperton fue una tragedia, pero para los mayores. Los niños fuimos felices. Lo difícil nos vino después, al regreso. Pero allá no, nosotros no hubiéramos querido abandonarla nunca. A veces veíamos que los grandes lloraban y nosotros llorábamos también, un poquito y sin saber por qué, y enseguida volvíamos a lo nuestro.

»Lo nuestro era jugar, todo el santo día. Empatábamos un juego con el otro y no parábamos nunca. Al principio teníamos clases de lectura, de escritura, papá no quería que regresáramos salvajes a Orizaba. Mamá montó una escuelita donde ella hacía de maestra y los alumnos éramos los hermanitos Irra, las dos niñas Jensen, Jesusa Lacursa, nosotros los Arnaud y los demás niños que llegaron a juntarse en Clipperton. Pero después, con tanto acontecimiento, los adultos ya no pudieron ocuparse mucho de los menores. Sólo por momentos, para darnos la comida o la bendición a la noche. El resto del tiempo lo pasábamos sueltos, solos, libres como animalitos. Jugando y jugando hasta que nos dormíamos de cansancio.

»Usted quiere que le hable de mi padre, pero me acuerdo poco. Había épocas en que se dejaba absorber



tanto por sus obsesiones, que no nos veía aunque nos tuviera delante. Como cuando se empeñó en rescatar los tesoros del pirata Clipperton del fondo de la laguna, y durante meses no pensó en otra cosa. Otras veces su obsesión éramos nosotros, como cuando estuvo días tallando en madera unos barcos para que jugáramos. Le quedaron perfectos, unas miniaturas preciosas. Conservábamos otros juguetes traídos del continente —recuerdo bien una muñeca de porcelana a la que Altagracia Quiroz hizo una peluca con cabello de verdad, el día que todas las mujeres se cortaron el pelo— pero los barcos tallados por mi padre siempre fueron los favoritos. Los hacíamos navegar en la laguna y a veces eran de guerra, a veces de carga. Jugábamos a que naufragaban, y de los pasajeros, unos —pobres de ellos— se ahogaban. A los demás les perdonábamos la vida.

»Mi padre era severo sólo cuando nos sentábamos a la mesa. Decía que aunque estuviéramos en el fin del mundo y sólo nos vieran los cangrejos, teníamos que comer como gente decente. Claro que cuando empezaron las calamidades ya ni eso pudo exigir, y nosotros nos volvimos silvestres. Después de que pasó el huracán que barrió con todo, llevándose hasta los platos, los cubiertos y los manteles, los modales que él nos había enseñado se nos olvidaron. Para nosotros tanto mejor, más libres y más felices. Acabamos comiendo muy rápido, con las manos, a mordiscos. Los huevos de los pájaros bobos tenían la cáscara azul, y nos encantaban. Jugábamos a las comiditas, los cocinábamos en la playa, les echábamos sal.

»Mucho de nuestro tiempo lo ocupábamos con los cangrejos. Debe haber más de esos animales en Clipperton que en todo el resto del mundo. Eran tantos que casi no dejaban caminar. Si no fuera porque la casa estaba elevada, los cangrejos la habrían invadido como tenían invadida la playa, las rocas, las cuevas, todo lleno

de cangrejos. Nos gustaba verlos pelear. Son unos bichos feroces, se destrozán a tarascadas. Los encerrábamos en latas y hacíamos guerras de cangrejos.

»En eso se nos iba la vida, y la nuestra era una vida feliz. Al final siempre andábamos descalzos y medio desnudos, con unos trapos que mamá nos hacía con lona de las velas. Acabamos renegridos de tanto aguantar sol, parecíamos africanos. Con los pelos muy indómitos y parados, lavándonos con agua de mar y sin jabón.

»En Clipperton los niños no supimos lo que era sufrir. Tal vez mi hermano Ramón, el mayor, sí. Yo creo que él sí se daba cuenta, a veces, de que las cosas iban mal. Ramón adoraba a mi mamá, y cuando ella lloraba, él no quería desprenderse de sus faldas.

»El día que murió papá estábamos todos parados en la playa, chicos y grandes, mirando cómo se alejaba en un bote por el mar, cuando de repente apareció la mantarraya que lo volcó. Vimos cómo se lo tragaron las olas. La mantarraya también la vimos, un animal negro, enorme, como una sombra que salió del agua. No sé si la vimos o si nos pareció que la vimos. A veces decíamos que era negra con rayas azules, otras veces que era plateada y despedía rayos.

»Es que parte del juego era inventarnos nuestras propias historias, unas de miedo, otras sobre los abuelos, a quienes casi no conocíamos, o sobre los primos, por lo que nos contaba mamá. Teníamos amigos imaginarios, todos los que queríamos, por eso nunca nos hizo falta nadie. Sobre mi papá inventamos muchas cosas, después de que murió. Nos gustaba pensar que en el fondo del mar había encontrado el tesoro hundido de los piratas y que nos había regalado las joyas y las coronas. O que se había vuelto el rey de los océanos y que andaba bajo el agua en una carroza tirada por la mantarraya. A veces decíamos que no se había muerto sino que se había ido, y que iba a volver para traernos naranjas y juguetes.

Después, en la noche, no podíamos dormir del miedo de que de verdad apareciera.

»De estas cosas me acuerdo porque, después de que sucedieron, durante años se las oímos contar a mi mamá, mil veces. Siempre que nos hablaba de papá, sacaba de un cofre un collar largo de perlas grises que él le había traído del Japón, y nos dejaba tocarlo.

»Pero nada de esto es importante, son recuerdos pequeños, borrosos, no le van a servir para un libro. Mejor, si tiene tiempo, venga conmigo a la hacienda, tardamos veinte minutos en coche, y yo le muestro a mi padre.

En la casa de su hacienda, en las afueras de Orizaba, los dos hijos ganaderos de doña Alicia Arnaud viuda de Loyo platican y descansan en el porche después de un día de trabajo. Comen tacos de nopal con chile y toman brandy Presidente con agua de Tehuacán. Frente a ellos se extiende un gran solar empedrado donde las ovejas, los cerdos y las gallinas abreven en una pileta circular que se encuentra en el centro. La señora señala en esa dirección. En el centro de la pileta, elevado sobre un barril metálico, acompañado por la plácida cháchara de sus descendientes y por el alboroto de los animales domésticos, con un puntiagudo casco prusiano en la cabeza, veo el busto en bronce del capitán Ramón Nonato Arnaud Vignon.

---

## Índice

Clipperton	11
Maroon	137
El último hombre	231
Epílogo	313
<i>Agradecimientos</i>	315
<i>Bibliografía</i>	317